



SERIE

BERGMAN 3

MUERTOS PRESCINDIBLES

HJORTH & ROSENFELDT

booket

Michael Hjorth
Hans Rosenfeldt
Muertos prescindibles
(Serie Bergman 3)

Traducción: Claudia Conde

2003

Esta vez se llamaba Patricia.

Patricia Wellton.

Nuevas ciudades, nombre nuevo.

Era lo que más le había costado al principio, tiempo atrás: reaccionar cuando el recepcionista del hotel o el taxista la llamaban.

Pero eso había sido antes. Ahora se adaptaba a la nueva identidad en cuanto tenía la documentación en la mano. Hasta ese momento, solamente una persona se había dirigido a ella por su nombre durante el viaje: el empleado de la agencia de alquiler de coches en Östersund, cuando había salido a su encuentro para anunciarle que ya tenía a su disposición el vehículo que había reservado.

Había aterrizado puntualmente, poco después de las cinco de la tarde del miércoles, y enseguida había tomado el Arlanda Express en dirección al centro de Estocolmo. Era su primera visita a la capital sueca, pero no la prolongó más allá de una cena temprana y bastante mediocre en un restaurante cercano a la estación.

Cuando aún no habían dado las nueve, se embarcó en el tren nocturno que la llevaría a Östersund. Había reservado un compartimento para ella sola en el coche cama, pero no porque temiera que alguien pudiera descubrirla, ni que unos testigos pudieran describir sus facciones a la policía, sino porque no le gustaba dormir con extraños. No le había gustado nunca.

Ni siquiera en su adolescencia cuando jugaba torneos con el equipo de voleibol.

Ni a lo largo de su formación, ya fuera en la base o sobre el terreno.

Ni durante las misiones.

En cuanto el tren salió de la estación se dirigió al vagón restaurante, compró una botella pequeña de vino blanco y una bolsa de maníes, y volvió a su compartimento para sentarse a leer un libro nuevo, que llevaba por título *Sé lo que estás pensando* y tenía un curioso subtítulo: *Lea el lenguaje corporal como un abogado criminalista*. La mujer que para la ocasión se llamaba Patricia Wellton no sabía que los juristas destacaran particularmente en la interpretación del lenguaje no verbal, o al menos nunca había conocido a ninguno que se distinguiera en ese aspecto, y si bien el libro no le aportó muchos conocimientos nuevos, al menos le resultó ameno. Poco después de la una, se deslizó entre las pulcras sábanas blancas y apagó la luz.

Cinco horas después, se bajó en Östersund y preguntó por un hotel, donde tomó un copioso desayuno antes de ir a la agencia de Avis a buscar el coche que había reservado. Tuvo que esperar. Le ofrecieron un café de máquina, porque aún estaban limpiando y revisando su vehículo.

Un flamante Toyota Avensis gris.

Después de recorrer unos cien kilómetros de carretera, llegó a Åre. Durante todo el camino procuró respetar los límites de velocidad. No tenía sentido cargarse de multas, aunque en la práctica eso tampoco fuera a cambiar nada. Hasta donde ella sabía, la policía sueca no tenía por costumbre registrar el interior de los vehículos en caso de infracciones leves, e incluso era probable que ni siquiera tuviera derecho a hacerlo. Pero la única amenaza para el éxito de su misión era que descubrieran que iba armada. No tenía ningún documento que la autorizara a portar armas en Suecia. Si descubrían su Beretta M9, empezarían a investigar y averiguarían que Patricia Wellton no existía en ninguna parte, excepto en ese momento y lugar concretos. Por eso levantó el pie del acelerador al

pasar junto a las pistas de hierba y al adentrarse en el pueblo, a orillas del lago.

Dio un paseo corto a pie, eligió un bar cualquiera y pidió un bocadillo y una Coca-Cola light. Mientras comía estudió el mapa. Le quedaban unos cincuenta kilómetros por la E-14, antes de tomar el desvío y seguir otros veinte kilómetros a pie. Miró el reloj. Calculó que si tardaba tres horas en llegar, una hora para hacer su trabajo y otras dos en volver al coche e informar, podría estar en Trondheim a tiempo para tomar el vuelo a Oslo y volver el viernes a casa.

Tras otro corto paseo por las calles de Åre, se metió de nuevo en el coche y puso rumbo al oeste. Aunque su trabajo la había llevado a muchos lugares, nunca había recorrido un paisaje semejante: montañas suavemente onduladas, con el límite de los árboles claramente marcado en la ladera y, a sus pies, el reflejo del sol en los lagos del valle. Pensó que en un sitio así podría sentirse a gusto. En la soledad y el silencio. Con un aire tan límpido. Habría podido alquilar una cabaña en un lugar apartado y dar largos paseos, pescar... Disfrutar de la luz en verano, y en otoño leer por las noches junto al fuego.

Quizá en otra ocasión.

Probablemente nunca.

Salió de la E-14 al ver el cartel de Rundhögen con una flecha que apuntaba a la izquierda. Poco después, abandonó el coche de alquiler, se echó la mochila a la espalda, sacó el mapa de la zona y empezó a correr.

Ciento veintidós minutos más tarde se detuvo. Le faltaba un poco el aliento, pero no estaba cansada. No se había empleado al máximo, ni mucho menos. Se sentó en una roca y se puso a beber agua mientras recuperaba rápidamente el ritmo normal de la respiración. Sacó los prismáticos y los dirigió hacia la pequeña cabaña, a unos trescientos metros de distancia. Había llegado al lugar que buscaba. La casa tenía el mismo aspecto que en las fotografías de su informante.

Por lo que había entendido, en la actualidad habría sido imposible conseguir los permisos necesarios para construir esa casa, justo al pie de la montaña; pero, según le habían dicho, la cabaña databa de los años treinta. Probablemente la habría construido algún empresario con buenos contactos en el gobierno, que necesitaría un lugar donde refugiarse durante las partidas de caza. En honor a la verdad, ni siquiera podía considerarse una casa y a duras penas llegaba a ser una cabaña. ¿Qué superficie tendría? ¿Dieciocho metros cuadrados? ¿Veinte? Paredes de madera, ventanas pequeñas y una delgada chimenea que atravesaba la cubierta de tela asfáltica. Había dos peldaños delante de la entrada y, a unos diez metros, un cobertizo de menor tamaño, que de un lado estaba cerrado y tenía una puerta —probablemente sería el retrete—, y del otro estaba abierto. Debía de ser la leñera, ya que tenía un tocón delante, con un hacha clavada encima.

Notó un movimiento detrás de la malla mosquitera verde. El hombre estaba en la casa.

Apartó los prismáticos, volvió a meter la mano en la mochila, sacó la Beretta y, con los movimientos rápidos y seguros que confiere la práctica, le ajustó el silenciador. Se puso de pie, se guardó el arma en el bolsillo cosido especialmente con ese fin en la chaqueta y echó a andar. De vez en cuando, se volvía para mirar, pero no notó ningún movimiento extraño. La cabaña estaba un poco apartada del sendero señalizado y a esas alturas del año, a finales de octubre, por la zona no abundaban los excursionistas. Únicamente había visto dos desde que se había bajado del coche.

Cuando sólo le faltaban cincuenta metros para llegar, sacó la pistola del bolsillo, pero la mantuvo pegada al muslo mientras sopesaba las alternativas. Podía llamar a la puerta y dispararle cuando él abriera, o bien entrar sin más y sorprenderlo, ya que probablemente no habría cerrado con llave. Se había decidido ya por la primera opción cuando de repente se abrió la puerta de la casa. Por un segundo se quedó paralizada, pero enseguida reaccionó y se

agachó. Un hombre de unos cuarenta años apareció en lo alto de la pequeña escalera. El terreno era abierto y no había ningún lugar donde esconderse. Lo mejor que podía hacer era quedarse quieta. El menor movimiento podía delatarla. Apretó la pistola con más fuerza. En caso de que la descubriera, tendría tiempo de levantarse y dispararle al hombre antes de que huyera. Lo tenía a unos cuarenta metros de distancia. Estaba segura de que podría alcanzarlo e incluso matarlo, pero prefería hacerlo de otra forma. Si solamente lo hería, era posible que entrara otra vez en la cabaña, donde quizá tuviera un arma. Si la veía en ese momento, todo sería mucho más difícil.

Pero no la vio. Cerró la puerta, bajó los dos peldaños, torció a la derecha y se dirigió hacia el cobertizo. Agarró el hacha hincada en el tronco y empezó a cortar leña.

La mujer se incorporó lentamente y se desplazó poco a poco hacia la derecha, para quedar oculta detrás de la casa en caso de que el hombre hiciera una pausa en el trabajo y levantara la vista. Se detuvo y contempló el maravilloso paisaje.

El hacha. ¿Podía ser un problema? Probablemente no. Si todo se desarrollaba según lo planeado, el hombre no tendría tiempo de considerarla una amenaza, ni menos aún de atacarla con un arma de lucha cuerpo a cuerpo, como era un hacha.

Se quedó un momento escondida detrás de la cabaña, dejó escapar el aire, se tomó unos segundos para concentrarse y finalmente comenzó a andar hacia él.

El hombre pareció bastante sorprendido. Empezó a articular una pregunta, que la mujer interpretó como un intento de averiguar quién era ella, o de saber qué hacía allí, en los solitarios parajes montañosos de Jämtland, o de ofrecerle ayuda.

Pero daba lo mismo.

Ella no entendía el sueco y, de todos modos, tampoco pensaba responder.

El silenciador amortiguó el ruido de un disparo.

Todos los movimientos del hombre se congelaron al instante, como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa en una película. Después, el hacha se le deslizó de las manos, las rodillas se flexionaron a la izquierda y el cuerpo se derrumbó hacia la derecha. Sus ochenta kilos se desplomaron con un golpe seco. Ya estaba muerto, con la bala alojada en el corazón, cuando se estrelló contra el polvo, como si un formidable enemigo lo hubiera arrojado de lado contra el suelo.

La mujer recorrió los pocos pasos que la separaban del cadáver, se situó con una pierna a cada lado del hombre derribado y le apuntó con calma a la cabeza. Le disparó en la sien, a unos tres centímetros del ojo izquierdo. Sabía que estaba muerto, pero aun así le descargó otra bala en la cabeza, a pocos centímetros de la anterior.

Se guardó la Beretta en el bolsillo y se preguntó si debía limpiar la sangre del suelo o dejar que la naturaleza siguiera su curso. Incluso si alguien echaba en falta al difunto y se acercaba a la cabaña a buscarlo —y estaba segura de que así sería—, jamás hallaría el cuerpo. La sangre le indicaría que el hombre había sufrido algún tipo de accidente, pero nada más. Aunque sus allegados sospecharan lo peor, no encontrarían ninguna prueba que confirmara sus temores. El hombre figuraría para siempre como desaparecido.

—Papá...

La mujer volvió a sacar el arma al mismo tiempo que se giraba. Un solo pensamiento le cruzó la mente.

Niños. Se suponía que no había ningún niño.

Sintió una ligera sacudida en los hombros y en la cabeza. Era curioso, porque el movimiento no se correspondía con el sueño. ¿De verdad estaba soñando? En esta ocasión no era el sueño habitual. No sentía ninguna manito en su mano. Ni un fragor ensordecedor que se acercara implacablemente. Ni un catastrófico torbellino. Pero debía estar soñando, porque alguien había dicho su nombre.

Sebastian.

Pero si estaba soñando —algo que sin embargo no podía asegurar—, entonces estaba solo en el sueño. Solo en la oscuridad.

Abrió los ojos y encontró otra mirada. Unos ojos azules. Encima de ellos, una cabellera negra, corta y despeinada. Debajo, una nariz pequeña y una boca sonriente.

—Buenos días. Perdona, pero quería despertarte antes de irme.

Sebastian se incorporó sobre los codos con cierta fatiga. La mujer que lo había despertado pareció satisfecha con el resultado de sus esfuerzos y enseguida se situó delante de un espejo de cuerpo entero, a los pies de la cama, donde procedió a ponerse unos pendientes que encontró en un estante, junto al espejo.

La somnolencia abandonó de inmediato a Sebastian, reemplazada por el recuerdo del día anterior.

Gunilla, cuarenta y siete años, enfermera. Se habían visto varias veces en el hospital Karolinska. La víspera, Sebastian había acudido a su última cita ambulatoria y, después, los dos habían salido juntos del hospital para ir al centro y más tarde a la casa de ella. El sexo había sido asombrosamente bueno.

—Te has levantado.

Sebastian se daba cuenta de que estaba diciendo una obviedad,

pero se encontraba en una situación que le resultaba ligeramente incómoda. Seguía acostado y desnudo en una cama extraña, mientras que la mujer que había pasado parte de la noche con él ya se había levantado y vestido, y estaba lista para comenzar un nuevo día. Le gustaba ser el primero en levantarse y, si podía, prefería no despertar a su ocasional acompañante. Cuanto menos se viera obligado a hablar antes de marcharse, mejor.

—Tengo que ir a trabajar —informó ella mientras le echaba una breve mirada a través del espejo.

—¿Qué? ¿Ahora?

—Ahora, sí. Y ya voy con un poco de retraso.

Sebastian se inclinó a la derecha, para llegar hasta la mesilla de noche, donde había dejado el reloj. Faltaban unos minutos para las ocho y media. Gunilla ya se había puesto los pendientes y se estaba abrochando una cadenita de plata detrás del cuello. Sebastian la miró, incrédulo. Era imposible que una mujer de cuarenta y siete años, residente en el centro de Estocolmo, fuera tan ingenua y confiada.

—¿Estás loca? —le preguntó, sentado en la cama—. Me conociste ayer. ¡Podría robarte medio departamento!

Gunilla encontró la mirada de Sebastian en el espejo y esbozó una leve sonrisa.

—¿Piensas robarme medio departamento?

—No. Pero si lo pensara, tampoco te lo diría.

Gunilla terminó de abrocharse el collar y, tras una última mirada al espejo, volvió a sentarse en la cama junto a Sebastian y le apoyó una mano sobre el pecho.

—No te conocí ayer. Ayer salí contigo por primera vez. Además, en el hospital tenemos todos tus datos. Si te llevaras el televisor, sabría dónde encontrarte.

De repente, a Sebastian le pasó por la mente la imagen de Ellinor, pero enseguida la rechazó. Muy pronto se vería obligado a dedicarle a ese asunto una buena cantidad de tiempo y energía, pero

todavía no. Gunilla le sonrió. Estaba bromeando. Sebastian recordó la noche anterior.

Recordó que sonreía mucho.

Tenía la risa fácil.

Había pasado una velada muy agradable con ella.

Gunilla se inclinó rápidamente hacia delante y le dio un beso en los labios, antes de que él pudiera reaccionar. Después se puso de pie y, mientras se dirigía hacia la puerta cerrada del dormitorio, le dijo:

—En cualquier caso, Jocke te estará vigilando.

—¿Jocke?

Sebastian rebuscó en la memoria, tratando de recordar quién podía llamarse así y tener además alguna relación con Gunilla, pero no lo consiguió.

—Joakim. Mi hijo. Puedes desayunar con él si quieres. Ya se ha levantado.

Sebastian se la quedó mirando, sin poder articular una respuesta. ¿Lo decía en serio? ¿Un hijo? ¿Allí mismo? ¿Cuántos años tenía? ¿Cuánto tiempo llevaba en la casa? ¿Toda la noche? Si no recordaba mal, no habían sido precisamente discretos la noche anterior.

—Pero ahora sí que me tengo que ir. Gracias por una velada estupenda.

—Gracias a ti —logró decir Sebastian antes de que Gunilla saliera del dormitorio y cerrara la puerta.

Después, se deslizó otra vez entre las sábanas y volvió a apoyar la cabeza en la almohada. La oyó despedirse de alguien, probablemente de su hijo. Al cabo de un momento, se cerró otra puerta y el departamento quedó en silencio.

Se despezó.

Ya no le dolía.

Hacía varias semanas que no sentía ningún dolor, pero todavía disfrutaba de la experiencia de mover el cuerpo sin sufrir.

Habían transcurrido algo más de dos meses desde que Edward

Hinde, psicópata y asesino en serie, lo había apuñalado en la pan-torrilla y en el abdomen. Lo operaron de inmediato y las intervenciones habían sido todo un éxito, pero al cabo de un tiempo habían aparecido algunas complicaciones, como un neumotórax que requirió drenaje pleural durante más de una semana. Cuando le retiraron el drenaje, le dijeron que su recuperación sería sólo cuestión de tiempo. Pero entonces se le declaró una neumonía y, poco después, se le encharcaron los pulmones, por lo que tuvieron que volver a drenarlo y coserlo. Lo habían dado de alta con una serie de recomendaciones y normas de conducta, pero eran demasiado trabajosas y aburridas, y quizá por eso sufrió una recaída. Era posible que aún padeciera cierta inflamación en los pulmones, pero se encontraba mejor. La víspera le habían dicho que estaba oficialmente recuperado.

Físicamente estaba curado, pero nunca pasaba mucho tiempo sin que el caso Hinde volviera a atormentarlo, en parte porque el homicida había obrado su venganza asesinando a varias mujeres con las que Sebastian había mantenido relaciones sexuales. No había perpetrado personalmente los asesinatos, porque desde 1996 cumplía condena en el pabellón de máxima seguridad de la cárcel de Lövhaga, donde Sebastian se había encargado de que lo encerraran. Pero con la ayuda de un limpiador de la institución penitenciaria había podido llevar a cabo parte de sus designios.

Cuatro mujeres asesinadas.

Con un único elemento en común: Sebastian Bergman.

La sensación de ser el culpable de la muerte de las cuatro mujeres era irracional, pero imposible de eludir. Cuando la Unidad de Homicidios capturó al limpiador, Hinde huyó de la prisión y tomó a Vanja Lithner como rehén.

No lo había hecho por azar, ni porque la joven trabajara con Sebastian en la Unidad de Homicidios, sino porque, de alguna manera, había averiguado que Vanja era hija de Sebastian.

Edward Hinde estaba muerto, pero a veces Sebastian pensaba

que si Hinde había sido capaz de descubrir la verdad, otros también podrían hacerlo. Y él no quería que se supiera. Todo iba bien entre Vanja y él. Mejor que nunca.

Le había salvado la vida en la casa abandonada donde Hinde la tenía prisionera, y eso explicaba en parte sus buenas relaciones. A Sebastian le daba igual que Vanja lo soportara únicamente porque estaba agradecida. Lo soportaba y eso era lo importante. Incluso hacía algo más que aguantarlo. A lo largo de los últimos meses, había buscado estar con él en dos ocasiones. Primero había ido a visitarlo al hospital, y después, cuando Sebastian ya estaba en casa y todavía no había sufrido esa neumonía que lo obligó a permanecer varias semanas en cama, le había propuesto salir a tomar un café juntos.

Sebastian aún podía recordar la sensación que le produjo escuchar esa invitación en boca de su hija.

Lo había llamado porque quería verlo.

Apenas recordaba de qué habían hablado. Le habría gustado conservar en la memoria todos los detalles y hasta el último de los matices, pero la carga emocional del momento había sido abrumadora. La situación fue muy emocionante: una hora y media, sentados los dos en un café, solos, por iniciativa de ella. Sin palabras duras, ni discusiones. Hacía mucho tiempo, desde la Navidad de 2004, que Sebastian no se sentía tan vivo, ni tan presente. Desde entonces, no dejaba de repasar mentalmente los noventa minutos que habían pasado juntos.

Podían ser más. Seguramente lo serían. Podía volver a trabajar. Lo entusiasmaba regresar a la actividad y a veces incluso se sorprendía anhelando volver al trabajo, aunque lo más importante era estar cerca de Vanja. Había acabado por aceptar que nunca sería su padre. Si intentaba sustituir a Valdemar, solamente conseguiría destruirlo todo. No había hecho muchos progresos hasta ese momento: una visita al hospital y noventa minutos en un café. Pero ya era algo.

Aceptación.

Cierta consideración hacia él.

Quizá incluso el comienzo de una amistad.

Sebastian apartó la manta y se levantó. Encontró los calzoncillos en el suelo y el resto de la ropa en la silla donde la había arrojado nueve horas antes. Tras echar un último vistazo al espejo y pasarse la mano por el pelo, abrió la puerta del dormitorio y salió sigilosamente hacia el cuarto de estar. Se detuvo un momento al final del pasillo y prestó atención. Oyó ruidos en la cocina, en la otra punta del departamento: música y el entrecocar de una cuchara contra un plato. Era evidente que Jocke había empezado a desayunar sin esperarlo. Sebastian entró en el cuarto de baño y cerró la puerta con pestillo. Necesitaba urgentemente una ducha, pero la perspectiva de desnudarse otra vez, con el hijo de Gunilla al otro lado de un delgado tabique, le hizo cambiar de idea. Tiró de la cadena después de usar el inodoro, se lavó las manos y la cara, y salió del baño.

De camino hacia la puerta, se dio cuenta de que forzosamente tendría que pasar por delante de la cocina. Pero eso sería todo: pasaría de largo. El hijo de Gunilla, que estaba dentro desayunando, lo vería solamente la espalda si levantaba la cabeza. Sebastian pasó y salió al vestíbulo. Encontró los zapatos, se los puso, y empezó a buscar la chaqueta entre las prendas colgadas del perchero. No la encontró.

—Tu abrigo está aquí —oyó que le decía una voz de barítono desde la cocina.

Sebastian cerró los ojos y soltó una maldición entre dientes. Ahora lo recordaba. Se había quitado los zapatos al entrar, pero no la chaqueta. Quiso aparentar tener cierta prisa, como si no estuviera seguro de que fuera a quedarse, aunque los dos sabían que se quedaría. Se había quitado la chaqueta después mientras Gunilla descorchaba una botella de vino.

Lanzó un suspiro y entró en la cocina, donde encontró a un

chico, de unos veinte años, con un plato con yogur y leyendo un libro electrónico. Sin levantar la vista de la lectura, el joven le indicó con la cabeza la silla al otro lado de la mesa.

—Ahí.

Sebastian se dirigió hacia el lugar señalado y recogió la chaqueta del respaldo de la silla.

—Gracias.

—No hay de qué. ¿Quieres tomar algo?

—No.

—¿Ya has conseguido lo que has venido a buscar?

El muchacho seguía con la vista fija en el libro electrónico, sobre la mesa. Sebastian lo miró. Probablemente lo más sencillo para ambos habría sido pasar por alto el último comentario y que Sebastian se marchara, pero ¿para qué elegir el camino más fácil?

—¿Hay café? —preguntó Sebastian mientras se ponía la chaqueta.

Si el hijo de Gunilla quería que se marchara, entonces se quedaría un rato más. No le costaba nada. Asombrado, el joven levantó la vista de la pantalla.

—Ahí, en la mesada —dijo, señalando al propio Sebastian, por lo que éste supuso que el café estaría a sus espaldas y se volvió.

A primera vista, no encontró ninguna cafetera, ni un termo, ni un cazo, ni nada parecido. Pero, tras mirar detenidamente, distinguió un objeto negro y abovedado, semejante a un futurista casco de motociclista, con una especie de rejilla debajo de un grifo. Tenía botones a los lados, remate metálico y tres tazas pequeñas de cristal a un costado, por lo que Sebastian dedujo que debía de dispensar algún tipo de bebida.

—¿Sabes cómo funciona? —le preguntó el hijo de Gunilla, al ver que Sebastian no hacía ningún ademán de acercarse a la máquina.

—No.

Jocke se levantó de la silla y se acercó a la mesada.

—¿Qué quieres?

—Algo fuerte. Casi no he dormido.

Jocke lo miró con expresión cansada, sacó una cápsula de un soporte junto al aparato, que Sebastian ni siquiera había visto, abrió la tapa, insertó la cápsula, la cerró, colocó una de las tazas sobre la rejilla y pulsó un botón.

—Por cierto, ¿tú quién eres? —preguntó mientras contemplaba con cara de aburrimiento a Sebastian.

—Tu nuevo papá.

—Muy gracioso. Tienes mucho sentido del humor. Espero que le dures.

Se dio media vuelta y volvió a la mesa. Sebastian tuvo de repente la sensación de que Joakim había pasado demasiadas mañanas sentado en esa cocina con demasiados hombres desconocidos. En silencio, retiró la taza de cristal de la rejilla. El café estaba realmente muy cargado. Y también caliente. Se quemó la lengua, pero se lo terminó sin decir nada.

Dos minutos después salió a la mañana gris de septiembre.

Le llevó unos segundos orientarse para encontrar el camino más directo a su casa, el departamento de Grev Magnigatan donde lo esperaba Ellinor Bergkvist, su inquilina, o como fuera que pudiera llamarla.

Todavía no se explicaba cómo había hecho esa mujer para meterse en su casa.

Se habían conocido por la época en que Hinde empezó a matar a las amantes de Sebastian. Entonces él fue a verla para advertirla del peligro y, de alguna manera, la mujer acabó instalándose en casa de Sebastian. Tendría que haberla puesto de patitas en la calle desde el primer momento, pero ella aún seguía allí.

Sebastian había dedicado mucho tiempo a analizar su relación con Ellinor y podía afirmar varias cosas con toda seguridad.

Sabía que no estaba enamorado de ella, ni mucho menos.

Ni siquiera le gustaba su forma de ser. Pero en cierto modo agradecía el cambio que había aportado a su vida desde que se había mudado sin ser invitada. Le había conferido cierta normalidad a su día a día. Contra todo pronóstico, había conseguido que disfrutara de su compañía. Cocinaban juntos, veían la tele tumbados en la cama y follaban con frecuencia. Iba por la casa silbando y se reía por tonterías. Le decía que lo había echado de menos cada vez que regresaba. Aunque Sebastian se negaba a reconocerlo, porque no quería que fuera cierto, la presencia de Ellinor lo había llevado a sentir, por primera vez en muchos años, que su casa era un hogar.

Disfuncional quizá, pero un hogar al fin y al cabo.

¿La estaba utilizando? Totalmente. Le importaba una mierda lo que Ellinor pudiera pensar o sentir. Todo lo que decía le entraba por una oreja y le salía por la otra; era como un fondo musical. Pero había sido fantástico tenerla en casa durante la convalecencia. De hecho, le costaba imaginar cómo habría podido superar sin su ayuda las semanas que pasó postrado en cama por culpa de la neumonía. Ellinor había gastado sus vacaciones en los grandes almacenes Åhléns para no separarse ni un momento de su lado. Pero, por mucho que Sebastian reconociera y apreciara su dedicación, el agradecimiento no era suficiente.

Tener a Ellinor en casa era como tener a una asistenta medio pícara, rebotante de admiración por él y dispuesta a cualquier sacrificio, que además se acostaba con él. Gracias a ella, su vida se había vuelto mucho más sencilla y cómoda en todos los sentidos, pero la situación era insostenible a largo plazo. La normalidad de la vida cotidiana que Ellinor le aportaba era un artificio. Una quimera. Al principio Sebastian había apreciado esa cotidianidad e incluso había llegado a fomentarla, pero ahora estaba seguro de que no quería prolongar más el engaño.

Se había recuperado, estaba más cerca de Vanja que nunca y probablemente tenía un trabajo. Estaba a punto de comenzar lo que quizá fuera una nueva vida.

Ya no la necesitaba.

Tenía que echarla de su casa.

Y sabía que no sería fácil.